

Jugando mamá, jugando

“Hemos sufrido veintiún años”, gritan muchos de los que llenaron sus arcas del buen dinero cantante y sonante que les proporcionó “la dictadura”. Esa frase, en la boca llena de algunos oligarcas, es de mal gusto y no tiene, en términos morales, nada que ver con aquellos ciudadanos que alguna vez adversaron al régimen militar con entereza e hidalguía. Esa frase, que pretende ser un “clisé”, una consigna, será como el clásico *bumerán*, como escupitajo al cielo.

Esa frase, para desgracia de todos, entrará en desuso más rápido de lo que se piensa porque se la enarbola única y exclusivamente para justificar la notoria incompetencia, los apetitos de venganza y el reclamo íntimo de una mala conciencia. (No cualquiera se hace cómplice de lo que pasó en este país los últimos cuatro años, de lado y lado, y duerme a pierna suelta sin escuchar los alaridos de las víctimas). Aceptemos que sea cierto: la dictadura se desbarrancó, se fue a la porra, dijo adiós, god by, chao, arrivederchi. No existe más. Eso, que es bueno, también es malo porque significa que la “dictadura” es cada vez más el pasado. Deja, poco a poco, de ser la culpable de todo lo malo y perverso que la imaginación humana pueda concebir porque un año después de la invasión estamos en las mismas.

Ahora el sistema de vida democrático, a la panameña, es el que está en crisis y con ello queda demostrado: se puede, siempre, ser un poco más malo y que no hay "record" imbatible en el maravilloso mundo de la política. Ahora le toca a los "civilistas". Y empiezan a caer las marcas.

En un tiempo que envidiaría el mejor "sprinter" ya el nuevo régimen empieza a crear su propio pasado y, en consecuencia, a sus detractores. Peor: cada vez se parece más a su propio pasado. Pero ahora con nuevas marcas en mártires, en damnificados, en delincuencia, en desempleo, en muertes por sarampión, en el costo de la vida, en juicios, en escapadas carcelarias, en deuda externa, en pactos entreguistas, en dependencia extranjera, en costo de pan y combustibles. Y viene más. Claro: la culpa la tendrá esta vez Endara. Él cargará con el muerto (y con los muertos) y pagará los platos rotos cuando se convoque a las próximas elecciones. Sus aliados, en el último momento, se lavarán las manos como Tiburcio Meracho en las aguas del río Teta el día que se parió la solterona Anacleta y todos lo miraron a él. Son las reglas de la democracia panameña. Jugando mamá jugando con la hija de la vecina, aferrados a la carnada como pargos hambrientos, como niños detrás de una pelota de trapo, como poetas en pos de una quimera, dejando escapar por enésima vez, por centésima vez, por millonésima vez, el más precioso de los tesoros al que pueda aspirar una comunidad de seres humanos: la nación.

Decía Unamuno que cuando un químico inglés está haciendo una investigación científica, él siente que tiene detrás suyo a toda la armada británica. Y por eso se siente protegido y se lanza a tener ideas audaces, y descubre cosas, y hace avanzar la ciencia. Pero, y la ironía es de Unamuno, no mía, un químico español, o peor aún, un argentino, o, todavía peor, esto sí lo añadimos nosotros, un panameño, ¿de dónde va a sacar el coraje, la confianza, para lanzarse al vacío persiguiendo una idea nueva?

José de Jesús Martínez, *Mi general Torrijos*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1987, p. 163.

Avaros, pero no brutos

No es nada halagüeño el futuro inmediato. Por los vientos que soplan, tampoco será un lecho de rosas el futuro mediano (que es el que le sigue). La aplicación esquemática del modelo estructural auspiciado por las agencias internacionales de desarrollo — cuyo evidente propósito es subordinar económicamente a los países de la región — será de resultados catastróficos en Panamá. La miseria es lo único que crecerá. Su crecimiento será astronómico y lo será en un tiempo “record”.

Claro: la miseria engendra riqueza.

Una minoría, que es la que empieza a repartirse los bienes bajo la consigna de la privatización, acumulará fortunas incalculables. No creo que los apologetas del sistema lo ignoren. Ser avaro no significa ser bruto. Lo saben, es tan evidente, pero tan evidente, que no es necesario ser economista para darse cuenta. Ya lo verán.

Opinión Pública N° 36, febrero, 1991.

Murió José de Jesús Martínez

En la mañana del 27 de enero de 1991 murió José de Jesús Martínez, mejor conocido en el mundo de las letras y de la vida cotidiana, como Chuchú. Es, a no dudarlo, otra víctima de la invasión a Panamá, del 20 de diciembre de 1989, por el ejército de Estados Unidos. Ese día, como muchos panameños, Chuchú fue herido de muerte. Recibió heridas incurables, de esas que se van abriendo con el tiempo y que no dejan de sangrar jamás. Las que producen una muerte lenta, a plazo fijo, por cuotas, una muerte en vida para siempre, un morir de pie pedazo a pedazo, como esos árboles que se quedan deshojados cuando el invierno pasa. Chuchú Martínez, poeta, filósofo, matemático, cineasta, aviador, militar y jodedor de paciencia, autor de muchos libros, ganador de muchos premios, Casa de las Américas entre otros, uno de los más conocidos escritores panameños, era un sobreviviente de la invasión. Desde ese día, nadie de quienes lo conocieron, recuerda que riera de veras, con ganas, como era su naturaleza y costumbre. Su sonrisa se había convertido, realmente, en

rictus, en una manera nada sutil de recordarnos lo que somos. Esto es rigurosamente cierto. El rostro de Chuchú era la máscara de la tristeza. Y para todos nosotros, sus amigos, era como un espejo.

El ejército de Estados Unidos lo honró allanando su casa y confinándolo durante varios días en un campo de concentración. Él, como muchos panameños, vivió la pesadilla diaria de contemplar el territorio nacional ocupado de un extremo a otro con la indiferencia de muchos y el beneplácito de no pocos. Veía cómo se trata de aislar a Panamá del resto de América, y del resto del mundo, para que, por su propio peso, por indigencia material y espiritual, por hambre, por inducción, con alevosía y premeditación, en nocturnidad y despoblado, se convierta, en la práctica más que en la teoría, en un protectorado de la potencia invasora.

Chuchú estuvo ligado al General Omar Torrijos en la década pasada, como amigo y escolta. Su filiación torrijista le granjeó antipatías entre algunos compañeros de su generación, pero nadie pudo jamás dejar de reconocerle tres cosas: generosidad, honestidad y, sobre todo, talento. Los creyentes dicen que los caminos del Señor son inescrutables. También deben ser los atajos que escogen algunos hombres. Chuchú quiso, al lado del general Torrijos, ser el abogado de los pobres. Hizo todo lo que estuvo a su alcance para que el proceso político encabezado por Torrijos se inclinara a favor de los humildes y escogiera el camino de la nación y no de la colonia.

Colón estaba convencido de haber redescubierto el Paraíso... Tan seguro estaba que identificó las aguas dulces del Orinoco con una de los cuatro ríos que habían conocido Adán y Eva, porque "el estruendo, parecido al trueno" sólo podría tener como origen una fuente del Paraíso. Y escribió haber reconocido las minas del rey Salomón en Veragua, en el actual Panamá.

Graciela Scheines, *Las metáforas del fracaso*, Casa de las Américas, 1991, p. 15.

Lecciones de la historia

Alguien por ahí dijo que los “panameños, hasta para pelear entre ellos tendrían que ponerse de acuerdo para no perderlo todo”.

—Cada vez que dos panameños pelean, gana el otro.

Esa verdad, que debió ser el ABC de los políticos panameños, antes, debe serlo hoy más que nunca porque el “nuevo orden” que se avecina no será para los países pobres nada halagüeño como aseguran sus profetas.

Y será peor para aquellos que olvidan las lecciones de la historia.

Para los que olvidan que ningún conquistador perdona a los vencidos y mucho menos a los que inclinan la cerviz en señal de obediencia. Sólo sobreviven los pueblos altivos, orgullosos de su identidad, confiados en su propia fuerza.

Incluso los pueblos derrotados sobreviven para siempre cuando aprenden a sobrellevar su derrota con dignidad.

Opinión Pública N° 37, marzo, 1991.

No se vayan que esto se pone bueno

Cosa de no acabar esta pelea de perfiles irracionales entre los políticos panameños. Pelea de todos contra todos: la oposición contra el gobierno, el gobierno contra el gobierno, la oposición contra la oposición, la oposición de la oposición contra la oposición del gobierno, la oposición del gobierno contra el gobierno, la oposición que se opone a la oposición del gobierno contra el gobierno que se opone a la oposición de la oposición. Es como ver una lucha de relevo de locos. Sería uno de los espectáculos más fascinantes del mundo sino fuera porque ya sabemos el resultado final.

Cuando se haga el resumen de la pelea y venga el fallo de los jueces, al final, ninguno de los peleadores panameños podrá cantar victoria. Ni siquiera el público. Todos estarán en la lona, derrotados, fuera de combate. El referí será el único ganador. El que dicta las pautas y dice lo que se debe hacer, el que tiene cañaña para pegarle a los peleadores, y también a los que están sentados en las graderías, será el único y definitivo ganador. Ese se llevará la victoria, la bolsa de los contendientes y la plata del público. Y ese no es panameño.

¿Será que la lucha por el poder es proporcionalmente inversa a la capacidad de pensar? ¿Hasta dónde es posible llegar por ese camino abestiado? Y lo peor es que todos los que están metidos en el pleito, con golpecitos sobre el corazón, juran y

perjuran que sus actos son para beneficiar al pueblo. Todos hablan a nombre del pueblo. Pueblo para allá, pueblo para acá. Se llenan la boca con la palabra pueblo. "El pueblo exige justicia", dicen con una desfachatez que haría ruborizar al conde Drácula. Cualquiera marciano que los viera, y sobre todo si los oyera, pensaría que se matan por hacer el bien a los demás.

Pero, lo peor de todo es que no se trata de acciones que se derivan de un estado de conciencia prehistórico, tribal, como apuntara alguna vez un sociólogo norteamericano al referirse a los partidos políticos en Panamá. Se trata, a mi juicio, de un hecho coherente, de un fenómeno cultural, enraizado en la misma esencia de lo panameño.

El panameño tiene una enorme capacidad para liarse a puñetazos por un platillo que se encuentra en la calle. Y mientras se pelea por el platillo se deja robar la casa, el carro, la leche de los hijos, la paila, la mujer. Es el clásico "vivo" que muerde todos los anzuelos, cae en todas las celadas, pisa todas las cáscaras de guineo, tropieza diez veces con la misma piedra, se da en el mismo dedo cada vez que coge un martillo. Ahora, en la encrucijada, en un viaje suicida y aparentemente sin retorno hacia el año 2 000, no endereza el rumbo. Entre el ser y el no ser, sigue liándose a puñetazos con su igual o consigo mismo. Mientras tanto el que todo lo sabe, el que "mangonea", el que pone las celadas, el que controla las apuestas, el de las fronteras portátiles, el que está en todas partes, le roba el "mandado".

Cada una de nuestras células contiene docenas de minúsculas factorías, las denominadas mitocondrias, que combinan nuestros alimentos con oxígeno molecular para extraer así la energía adecuada a nuestras necesidades. Descubrimientos recientes parecen sugerir que miles de millones de años atrás las mitocondrias eran organismos autónomos que fueron evolucionando lentamente hacia el establecimiento de una mutua relación de interdependencia con la célula... Como consecuencia, no somos un solo organismo único, sino una aglomeración de alrededor de diez billones de seres, y no todos del mismo tipo.

Carl Sagan, *El cerebro de Broca*, Grijalbo, México, 1981, p. 97.

Teoría económica

El proyecto de convivencia en términos de servidumbre ("nuevo orden internacional" que llaman) generará, en los próximos años, contradicciones tan profundas que, necesariamente, se resolverán en el mismo seno de la potencia hegemónica. La política económica diseñada para controlar los mercados del hemisferio, propagando la pobreza, será como un bumerán irremediable.

Existe, en economía, un regla sencilla: el que vive de lo que vende no le quita capacidad de compra al que compra.

El que quiera tener mercados no debe arruinar al consumidor. Los pueblos pobres no son, a la larga, mejores clientes que los pueblos ricos.

El que empobrece al que compra, también empobrecerá sin remedio. Se podrá vivir arruinando a los demás durante algún tiempo, pero la pobreza siempre termina por empobrecer al que la provoca. La historia debe tener, si buscas, algunos buenos ejemplos.

Opinión Pública N° 38, abril, 1991.

¿Y el pueblo, donde está?

El pueblo no existe. No existe, al menos, como muchos de nosotros pensábamos que existía.

Pueblo no es, por ejemplo, conciencia. Es, más bien, necesidad. Necesidad de vivir, convivir, sobrevivir. Es decir: asimilar materia orgánica e inorgánica, (eso que llaman comer); reproducir la vida a través de órganos especializados (sexuales); controlar territorio (casa, carro, dinero) y establecer una relación funcional de hegemonía y servidumbre (escoger jefe de manada).

Decir pueblo es decir organización biosocial para garantizar la continuidad de la especie, la sobrevivencia y la jerarquía de los más aptos. Pueblo, entonces, se podría definir como el conjunto de necesidades que se asocian en determinados territorios para garantizar la sobrevivencia. Eso lo dice todo.

Las cosas que hace y hará el pueblo, generalmente manipulado por los mejor ubicados en la escala social, tiene que ver más con las cuestiones que garanticen el buen vivir que con entelequias.

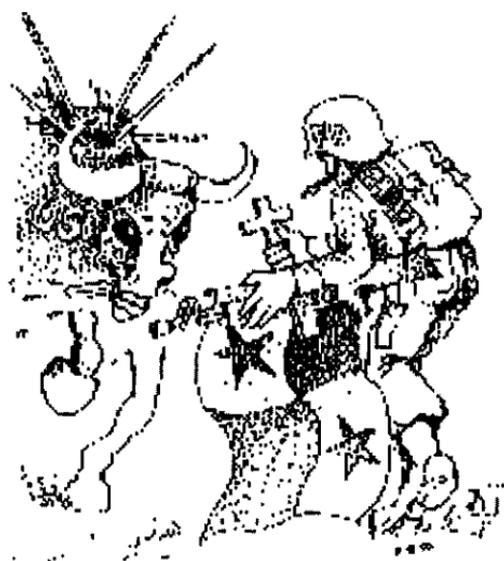
Tiene que ver más con las maneras de saciar los diversos apetitos que con ideales humanos. Tiene que ver más con el hambre que con el hombre.

Los seres humanos, aunque cerremos los ojos y miremos para el otro lado para no darnos cuenta de las cosas que hacemos, somos una de las tantas especies del reino animal que se disputa un espacio en el planeta. Hacemos todo lo que los otros animales hacen, incluyendo política. Sólo que la política opera en los otros animales bajo normas automáticas y simples. Entre los seres humanos, por mediación del cerebro, la práctica política se ha convertido en el arte de dominar a los demás, aunque esa tarea no recaiga necesariamente en los más aptos. Tal vez eso sea inevitable.

A los otros animales siempre los guía el más apto, el espécimen que mejor garantiza la sobrevivencia de todo el grupo y no de una parte del grupo. Para bien o para mal, no ocurre así entre los humanos. Resulta que no siempre las sociedades humanas escogen al guía que garantiza a la especie, en todo tiempo y lugar, comida, adecuados espacios de reproducción, placer y las tantas y novedosas necesidades creadas por la civilización. Eso se explica porque las sociedades humanas no son homogéneas, están subdivididas en grupos y cada grupo está sujeto a excluyentes imperativos de sobrevivencia y territorialidad. Hay quienes hablan de razas, etnias, linajes. Los marxistas hablan de clases sociales. Otros hablan de culturas y subculturas. Comunidad de intereses, identidades, pueblos, todo eso.

Nosotros, los que andamos por allí manipulando ideas generosas sobre esa utopía extraviada que llamamos ser humano, tenemos ahora el derecho y el deber de fascinarnos. Coger las cosas por el lado bueno. Dejar establecido muy claramente que no somos pesimistas sino realistas y consecuentes. El proceso de humanización no se gana en un tiempo estelar tan breve, como diría Sagan, sino en algunos millones de años. Y si otros (que saben lo que el humano es) lo manipulan para abestiarlo, a nosotros nos toca saber con exactitud lo que el humano es para contribuir, con mejores herramientas y sabiendo a qué atenernos, a humanizarlo.

Opinión pública N° 38, abril, 1991.



Parece que existe también alguna relación entre un grado inferior de inteligencia y la fuerte predisposición a contraer ciertos hábitos fijos, aunque no hereditarios; porque, como un perito facultativo me ha hecho notar, las personas que son un tanto imbéciles tienen propensión a tener por norma de sus acciones la rutina y la costumbre, siendo tanto más felices cuanto más esto les alabe.

Charles Darwin, *El origen del hombre*, Diana, México, 1985, p. 88.

Desarrollo y barbarie

El sistema de libre oferta y demanda, llevado a límites aberrantes, deja de ser un regulador de la economía para convertirse en un dispensador de la miseria, entendida ésta no solamente como empobrecimiento material sino, fundamentalmente, intelectual: el ser humano transformado en objeto de mercado, en cosa, en mercancía, consumiéndose consumiendo; prohiendo un sistema de valores que trasciende la satisfacción de las necesidades objetivas, de bienestar y "confort", induciendo (por vía del desarrollo científico y tecnológico) un acelerado retorno a la barbarie.

Al humano de hoy, a ese primitivo civilizado que engendra el progreso, se le condena a la irracionalidad manipulando su inteligencia.

Es una nueva esclavitud, más cruel y más perversa. Ataca directamente a las neuronas, crea adicción, y la víctima la asume con naturalidad. Tal vez eso explique por qué los humanos hoy abracen con pasión la causa de sus enemigos.

Opinión Pública N° 39, mayo, 1991.

Crítica Libre / 3 de mayo de 1991

Según periodista del "Watergate"

Invasión a Panamá se preparó ocho meses antes de producirse

WASHINGTON (EFE) — El periodista estadounidense Bob Woodward, célebre por la investigación del caso "watergate", revela en un nuevo libro que el general

Colin Powell era contrario al inicio de la guerra del Golfo y que EE.UU. preparó la invasión de Panamá ocho meses antes de producirse... Bush era partidario

de una acción a pequeña escala para capturar a Noriega, pero Powell defendió la necesidad de invadir el país y neutralizar al ejército panameño...

Entre incendiarios os veáis

Se dice que los hombres (y eso incluye a las mujeres) son los únicos animales que tropiezan dos veces con la misma piedra. Yo diría más: son los únicos animales que observan al prójimo caer por un precipicio y no hacen nada por evitar caer también.

Los hombres (incluyendo a las mujeres, por supuesto) son los animales que repiten sus propios errores y también los errores de los demás. Y es que ningún hombre (incluyendo a las mujeres) aprende con cabeza ajena. Yo diría: muchos hombres no aprenden ni con cabeza propia. Y aunque el Diablo más por viejo que por Diablo se los advierta, los hombres (aquí no incluyo a las mujeres) ven la barba de su vecino arder y no ponen las suyas en remojo. Y suele ocurrir, en ocasiones, que ayudan a atizar el fuego con un entusiasmo digno de mejores causas pensando, imagino, que de esa manera ganarán la benevolencia del incendiario. Eso se debe a que los seres humanos (hombres y mujeres) ejercen la vida de acuerdo a reglas que ellos mismos ignoran. Esas reglas tienen que ver con los apetitos (que son diversos) y las maneras como los hombres (y las mujeres) los satisfacen.

Sería bueno que ningún ser humano (hombre

o mujer) ignorara la medida de sus ambiciones, el tamaño de sus deseos, las proporciones de su ego. Que supiera con claridad en donde empiezan los ideales y en donde terminan las ambiciones egoístas. No debemos olvidar que estos apetitos (que han sido mimetizados y mediatizados por la cultura) emergen con irrefrenable vigor cada vez que *status quo* se pone en entredicho, cada vez que se genera una crisis, cada vez que se desencadenan las contradicciones en el seno de la sociedad, cada vez que se disputan las jefaturas. La conciencia de sí mismo evitaría en gran medida ser objeto de manipulaciones extrañas.

El desconocimiento de la propia naturaleza humana entraña peligros irremediables cuando alguna fuente de poder (y podemos señalar varias) manipula en forma interesada las pugnas normales entre los miembros de una comunidad de intereses. Esta manipulación emerge bajo ropajes de la más diversos. Las teorías, en este caso, solo sirven para disfrazar apetitos tan viejos como la humanidad. Los análisis sesudos, manejando verdades y medias verdades, enmascaran las verdaderas intenciones. Debajo de discursos altruistas, que se entretejen como alfombrados parapetos, se esconden puñales definitivos. La ambición de los unos y la ingenuidad de los otros a menudo ocasionan catástrofes irrevocables. Hemos visto varias últimamente. Y no me pidan ejemplos, porque sobran. Échesele una mirada a lo que queda de este **ser no ser** de la nación panameña para que se tenga una idea de lo que hablamos.

Las reacciones de adaptación están basadas en un simple reflejo originado por unas condiciones externas definidas que actúan tan sólo en ciertas clases de terminaciones de nervios centrípetos, desde donde la excitación se propaga hacia el centro por una vía nerviosa apropiada, y desde allí, por un camino también apropiado, se dirige a la glándula en la que provoca su función específica. Dicho en otros términos: es una influencia exterior específica que provoca una reacción específica de la materia viva.

Iván Pavlov, *Actividad nerviosa superior*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1973, p 110.

Las mil y una noches

La privatización, cuando desdeña controles y reniega del compromiso social, es un cuento de hadas. Como todo cuento que exige un final feliz, habrá beneficiados.

Éstos, por supuesto, serán Blancanieves, el príncipe y los siete enanitos. El resto del mundo, los demás, para los efectos de la fantasía, no cuentan. Ni siquiera existen. Y si existen, allá ellos, ¡qué se los lleve Candanga! ¡Quién los manda a ser pobres! ¡Quién les manda a tener hambre!

Debe entenderse que la empresa privada no es una abstracción, está formada por seres humanos, de carne y hueso. Y cuando estos humanos concretos, hechos de materia ambiciosa, se desbocan, acicateados por la necesidad de acumulación egoísta de bienes materiales, aferrados al afán de poseer más de lo que se necesitan, se producen desbalances sociales de consecuencias lamentables. Sería bueno que no quedarán en pocas manos los recursos que han dado al Estado nacional su sentido histórico y soporte económico. Que el Estado no se quede sin recursos. No sigamos empecinados en crear un Estado miserable. Que el Estado panameño no se convierta en un recurso de las transnacionales porque, por ese camino, dejará de existir.

Cuando el terror ataca

Nada tan patético como un ser humano con miedo a que lo echen del trabajo, a que se ponga en peligro el espacio vital que garantiza su vida, a que la seguridad de sus réplicas (que son sus hijos) estén en entredicho, a que por un acto de fuerza y de poder se le arrebate su salario y pierda el carro, la casa, la escuela de los nenés, los fines de semana en la playa. Un ser humano, con este miedo, ¿qué cosas no haría? ¿Escapar, matar, traicionar, salpicar a los demás con las inmundicias de su miedo solapado?

Cuando el animal vivo siente que está en peligro, reacciona. Es natural. Sea éste ameba, libélula, rana, perro, ser humano. Toda cosa viva se niega a morir, a desaparecer para siempre, a ser dañada, a sufrir, a perder aquellas cosas que sustentan su vida. Lo orgánico, que es la vida, pone en función una complicada red de mecanismos para sobrevivir. Es, por excelencia, el tema de la biología.

Es verdad que la vida humana es otra cosa. Pero, también es biología. El ser humano también

tiene una estructura biológica y posee mecanismos más o menos similares al resto de los seres vivos para garantizar su sobrevivencia. Es por eso que cuando el humano siente el peligro cerca, se abestia. Desde lo más profundo de su naturaleza emerge el animal interno. Cuando siente la hostilidad del entorno se exageran sus instintos primarios. Reacciones químicas y psicológicas (adrenalina y odio) inflaman su estructura biosocial. Y es capaz de hacer todo lo que haya que hacer y de todo para defenderse. Es por eso que me temo que el abestiamiento en el que estamos atrapados de un tiempo a esta parte (desde 1987 para ser exactos) se prolongue durante algunos años más, tal vez se haga crónico, y se tenga que pasar por la vergüenza de seguir viendo a panameños persiguiendo panameños por órdenes de agencias extranjeras, amigos traicionando a sus amigos, intelectuales subastándose al mejor postor, gobernantes desesperados por entregar el patrimonio nacional a las transnacionales con esa cara de gusto que ponen los que tienen un chiste atravesado.

De verdad os digo que espíritus faltos de carácter, refractarios a los valores más elevados que genera el proceso de humanización, carentes de principios y de integridad, se bestializan cuando sienten que todo lo que los rodea se torna para ellos peligroso. Y es casi natural que así sea. Sólo que los resultados y las justificaciones de las que echan mano son para una antología de humor y miseria humana.

En América Latina, regímenes autoritarios tanto de derecha como de izquierda han cedido el paso a economías de libre mercado. El otrora nacionalismo proteccionista está cediendo ante un nuevo nacionalismo que promueve las oportunidades en vez de la dependencia y que acoge y da la bienvenida a las relaciones con los Estados Unidos.

Al Gore, Vicepresidente de Estados Unidos, prólogo de **Un nuevo momento en nuestra América**, Robert S. Leiken editor, USA, 1994, p. viii.

Hombre rico, hombre pobre

¿Quién dijo que los panameños deben ser más pobres para ser más ricos?

¿A quién se le ocurre tamaña necesidad?

Estamos seguros de que cualquier humano de bien, y que no se aferre a esquemas económicos de dudosa universalidad, podría darse cuenta de que los recursos atesorados en las riberas del Canal son tan vastos que no habría necesidad de estar inventando originales maneras de atraer inversionistas extranjeros o descapitalizar esfuerzos nacionales.

¿Por qué ese afán de crear pobreza donde es viable la abundancia? ¿Nunca se darán cuenta (los que todo lo tienen y todo lo quieren) que con un poco de sentido común y despojándose de sentimientos miserables, los panameños pueden sacar el máximo provecho de sus recursos y alcanzar, en el reparto equitativo, adecuados niveles de vida, y un clima de paz y desarrollo? ¿Por qué ese empeño en administrar el miedo y en no cultivar la voluntad de crear una nación?

Opinión Pública N° 41, julio, 1991.

La pobreza se vuelve contra quien la provoca

El “Plan para el desarrollo económico” es, según quien lo mire, una panacea o una calamidad. Contempla entre otras cosas, la privatización de las empresas estatales (si son rentables, mejor) y los reajustes estructurales exigidos por las IFIs. Se economizará dinero (para pagar la deuda externa), los negocios quedarán en manos de quienes ya tú sabes y se generará una apreciable mano de obra barata para atraer las inversiones extranjeras de quienes ya tú sabes.

Nadie puede negar que el plancito es genial. No se pone una fábrica en la que tenga que pagar altos salarios si en otros países son más bajos. Claro, el “Plan” tiene algunos problemas que no vale la pena mencionar. Poca cosa: hambruna generalizada, aumento de los niveles de desnutrición y delincuencia. Tonterías como esas. Pero la gente se acostumbra a todo. De todas maneras comer es un vicio burgués y ayunar una virtud cristiana.

Sin embargo, los críticos (que no faltan) sostienen que se trata de un plan de desarrollo al revés porque trae inversiones para desmejorar la ca-

lidad de vida de la población. Van más lejos: dicen que por el camino de la pobreza no se alcanza el desarrollo. Y aseguran que la pobreza, llevada a límites intolerables, no servirá tampoco para mejorar las relaciones entre Estados Unidos y Panamá. El gobierno podrá mientras perdure el flujo emocional que produjo la invasión, asestar golpes a los sectores más pobres. Pero estará creando condiciones para futuros enfrentamientos. Un gobierno débil, sin autoridad moral, perderá capacidad para negociar diferencias y enfrentar problemas comunes relacionados con la vía interoceánica. Y es que el "socio mayor" parece no entender que si no garantiza el autorrespeto del "socio menor", socavarán unas relaciones productivas y duraderas.

Si la potencia hegemónica no da la oportunidad al país en el que tiene intereses para que se respete a sí mismo, y pueda negociar en términos de igualdad, tendrá que enfrentar a la larga resentimientos colectivos. Estados Unidos no podrá garantizar sus intereses a largo plazo, en el cambiante mundo de hoy, con gobiernos "yes man". El futuro de Estados Unidos no dependerá de su capacidad para desplazar ejércitos a territorios extranjeros ni de servidumbre de círculos gobernantes dispuesto a extremas concesiones a cambio de que se les garantice tajadas y mayorazgos coloniales. Según los entendidos, los gobiernos y pueblos de América Latina buscarán relaciones con ofertas de intercambios justos, y en igualdad de condiciones, para garantizar desarrollo.

Por fortuna, la crisis vino en un periodo en que se podía actuar sin encontrar obstáculos. En consecuencia, yo me tomé el Canal, empecé el Canal y entonces puse al Congreso, no a discutir el Canal, sino a discutirme a mí... me pueden criticar cuanto gusten, siempre y cuando continuemos con el Canal.

Theodore Roosevelt, discurso pronunciado en la Universidad de California, 23 de marzo de 1911.

Los negocios del Canal

Se supone que en el 2 000 (proceso que empezó ya y que debe acelerarse en los próximos años) serán devueltas todas las instalaciones que están bajo el control de Estados Unidos.

El valor de estas instalaciones sobrepasa los 25 mil millones de dólares. Se trata de un complejo militar que, con esfuerzos mínimos, buena cabeza y voluntad, podría convertirse en el complejo industrial-comercial más importante de América Latina. Sin embargo, los políticos y empresarios panameños, paralizados por el pánico e incapaces de asumir responsabilidades históricas y de superar la mentalidad de pedigüños que arrastran desde tiempos de la colonia, rechazan la riqueza que se nos devuelve. Están empeñados en mantener el estatus colonial siempre y cuando tengan una participación en los negocios. No quieren el pastel. Se conforman con la migajas. Y trabajan la psicología popular para garantizar el "Panamá cede".

Opinión Pública N° 42, agosto, 1991.

Panamá: otra vez bases militares

“Creo que los estadounidenses son mucho más serios que los legisladores que han ido a solicitar permanencia de bases en Panamá. Aquellos cumplirán lo pactado, devolverán el Canal y dismantelarán sus bases militares”. Más o menos en estos términos respondió el Dr. Diógenes De La Rosa a pregunta formulada durante una mesa redonda organizada por la Fundación Omar Torrijos el pasado 25 de julio. No obstante el optimismo de Don Diógenes, el Senado (aquel) aprobó una enmienda en la que se establece, como condición para futuras “Ayudas”, negociar bases militares.

De acuerdo con el senador Larry Craig, la región es inestable y representa una amenaza “para la operación del Canal”. Por eso Estados Unidos debe tener medios para defenderlo y “asegurar su operación continua y disponibilidad para los embarques militares”.

¡Bingo! ¡Saltó la liebre!

De repente algo que está a la vista se hace visible. Cada vez es más claro que todo lo que ocurre aquí tiene que ver con los intereses mancomunados de importantes sectores gringos con hombres de negocios nacidos en Panamá. (Obsérvese que no digo panameños). Ambos sectores coinciden en el objetivo de conservar bases más allá del año 2000. Los unos por razones estratégico-militares y negocios. Los otros por negocios.

Se dice que uno de los legisladores, y no es broma vende, cerveza en las bases militares. Se comenta que éste, como otros comerciantes del patio, aferrados a sus cajas registradoras, teme verse afectado por la salida de las tropas extranjeras del territorio panameño.

Otro panelista, Fernando Manfredo, afirmó que no hay voluntad para asumir la reversión del Canal. En el año 2000 serían devueltas a Panamá instalaciones de un complejo militar cuyo valor está por encima de los 25 mil millones de dólares. Estas instalaciones, sin incurrir en gastos excesivos, podrían convertirse en un complejo industrial-comercial capaz de generar una actividad económica sin precedentes en la región y mucho más empleos que los que generan las actuales bases militares. Sin embargo, los políticos (a la vez comerciantes) están más preocupados por ver quién es el "barbarazo" que se queda con todo que asumir responsabilidades administrativas según las necesidades del país.

"Es imperdonable que esto suceda", afirmó Manfredo.

"El Canal de Panamá debe convertirse en una infraestructura de comercio y desarrollo al servicio de Latinoamérica y servir a los propósitos de integración", agregó De La Rosa.

Bueno, empiezan a escucharse voces disonantes. A nadie sorprendan que les pongan una demanda o que los acusen de atentar contra la seguridad interna del Estado por andar diciendo estas cosas.

Sin detenerme más tiempo en apoyo de mi opinión, repito, para concluir, que los Estados Unidos tienen el derecho y el deber de afirmar y mantener su autoridad e intervención sobre cualquier canal interoceánico que cruce el Istmo que une América del Norte con la del Sur, en tanto se requiera para proteger nuestros intereses nacionales.

Rutherford B. Hayes, presidente de Estados Unidos,
Mensaje especial al Congreso, 8 de marzo de 1880.

¿Maldición gitana?

¡Qué clase de maldición pesa sobre este territorio y sus habitantes! 170 años después de la independencia de España y 88 años después de haberse separado de Colombia, los panameños todavía no asumen las riendas de su propia existencia.

En las postrimerías del siglo XX se empecinan en buscar al mejor postor para que tutele su destino.

A estas alturas existen suficientes razones históricas y condicionamientos culturales para ensayar una teoría encaminada a demostrar que las clases hegemónicas panameñas no están dispuestas a asumir por sí mismas la explotación de sus recursos. Ocupados en ver como asaltan el poder para despojar al Estado de su riqueza, no perciben la mina de oro que tienen bajo sus pies. En el año 2000 revertirán a Panamá riquezas multimillonarias y en vez de prepararse para asumirlas, para darle el uso más colectivo posible, se la pasan regateándole méritos a quienes lo hicieron posible y buscando clientes de ultramar para subastarlas. ¡Qué clase de maldición!

Opinión Pública N° 43, septiembre, 1991.

El miedo a la libertad

En cualquier país del mundo le hubieran escupido la cara al legislador que anduviese por allí pregonando la negociación de bases militares extranjeras.

Aquí, en Panamá, eso no de ocurrirá. Lo que en otras latitudes constituye el mayor de los agravios, aquí pasa como cosa natural.

Los panameños somos gente civilizada, nos gusta vivir bien, y si podemos hacerlo sin agachar el lomo, mejor. Es una gracia que Dios nos dio. (Y si Dios nos las dio, San Pedro nos la bendiga).

Creo, sin embargo, que deben existir razones de fondo, históricas, sociológicas, y hasta genéticas, para explicar esta conducta *tansui géneris* de los panameños. A veces hasta llego a pensar que la servidumbre colonial, como propuesta de vida, es un rasgo esencial de la nacionalidad panameña. Escuchando al legislador cantalante, al dirigente obrero de una muy importante organización gremial que opera en las bases militares y el aplastante silencio de quién sabe cuántos panameños, que al callar otorgan, estamos a punto de creer que dependencia e identidad nacional están, ya para siempre, indisolublemente ligadas.

Este rasgo particular de la panameñidad se manifiesta con el miedo a la libertad, el rechazo a la vida económica responsable, la falta de confianza en la capacidad propia, el irrespeto hacia sí mismo, la calidad de dirigentes que escoge en las elecciones, el desdén por cuestiones relacionadas con la dignidad humana, el deber y responsabilidad históricos, que son atributos de la conciencia colectiva de la nación, definen con meridiana y patética claridad lo que, al menos una parte de los panameños, es.

A esos atributos habría que agregar otro: la incapacidad de venderse bien al mejor postor. Supongamos que la cuestión sea negociar bases militares porque lo que viene para Panamá, si se van los gringos, es una hambruna apocalíptica. Todo hombre de negocios, político, o espécimen sensato de la especie humana, sabe que es catastrófico negociar con muestras de debilidad. El que muestra el cobre cuando habla de oro está perdido. Nadie se sienta a la mesa con cara de hambre a discutir sobre comida porque negocia las sobras y termina lavando la loza. El que suplica pierde. El que habla con mano mendiga no espere, a cambio, justas compensaciones. La mano mendiga solo recibe limosnas. El tono de súplica es, por un lado, indecoroso. Y, por el otro lado, es una de tres cosas: falta de malicia, desvergüenza o complicidad. Por ese camino, de tres vías, estos comerciantes de pacotilla terminarán pagándole a los gringos para que se queden en Panamá. Sucedió antes. Sucederá después. Ya lo verán.

El fin es el desarrollo humano; el crecimiento económico es un medio... Los dirigentes políticos suelen estar fascinados por los aspectos cuantitativos del crecimiento económico... Un desarrollo que perpetúe las desigualdades actuales no es sostenible ni vale la pena sostenerlo.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre el desarrollo humano*, Editora Mundi-Prensa, 1996.

Con políticos como esos...

Todo político, al parecer con conocimiento de causa, afirma que "Panamá atraviesa por una profunda crisis económica, social y moral". Después de descubrir el agua tibia, casi en forma inmediata el político de marras deja entrever que la solución estaría a la vuelta de la esquina, si "su seguro servidor", o sea: "yo", "él", "el mismo que calza y viste", "el que les habla", sea jefe.

No hay proyecto nacional, no hay intereses subordinados a la nación.

¡Con políticos de esa clase, qué lejos estamos de recuperar los pasos perdidos!

El político panameño, en sí, es un factor decisivo de la crisis. Es el factor subjetivo. Su estilo provinciano, su cultura consumista, su visión del mundo de bajo perfil, sus hábitos procaces, sus ambiciones mezquinas, su conducta disipada, los que se exponen día a día a la opinión pública, indican que la crisis será cada vez más un callejón sin salida.

Opinión Pública N° 44, octubre, 1991.

Dependencia estructural

Se puede ensayar una teoría encaminada a demostrar que los panameños no estamos dispuestos a asumir por nosotros mismos la explotación de nuestros recursos que, per cápita y que, según información que se filtra del discurso imperial y la experiencia histórica, están por encima de todo lo que los políticos y empresarios, que son los que tienen la sartén por el mango, puedan imaginar.

Los panameños vivimos una especie de *Síndrome de Daun* socializado. Nos pasa lo mismo que les pasa a aquellos fulanos que mueren de hambre en medio de la abundancia. Nos referimos a quienes vemos vivir rodeados de peces por todos lados (que es como se vive con costas en el mar) y morir de desnutrición. Si no llega un extranjero a pescar y enlatar los peces para vendérselos, no comen. La misma imagen la hemos visto con los frutos de la tierra. Los mangos y marañones (y quién sabe cuántas frutas más) se pudren en el suelo y la mano menesterosa es incapaz de recogerlos para saciarse. Tiene que venir un extranjero, convertir-

los en pasta o jugo, echarle agua y azúcar, para que puedan consumirlos.

Comer, como se ve, dejó de ser un acto de pura sobrevivencia para convertirse en una compleja actividad cultural. Tal vez la manera como cada pueblo organice y solucione sus atribuladas exigencias gastronómicas, con los recursos que tiene y de los que pueda echar mano, sea uno de los tantos parámetros para definir su carácter o identidad.

Se ha dicho que en el año 2 000 revertirán a jurisdicción panameña recursos que sobrepasan los 30 mil millones de dólares. Sin embargo, aquí un legislador expresó que el nacionalismo es una expresión obsoleta en un mundo en el cual todos, hasta los rusos, quieren ser gringos, y que lo mejor era negociar nuevas bases militares. Como quien dice: ya que están aquí, ¿para qué dejarlos ir? No lo dijo con estas palabras, por supuesto, pero dijo más o menos lo mismo. Nadie, en serio y en los niveles correspondientes, respondió a tal exabrupto. Más bien se le premió confirmándolo en una posición desde la cual el ser o no ser es el meollo de la cuestión. Como siempre, esperando a que vengan otros a enlatarnos los peces, los mangos, los marañones y los sentimientos por las clásicas «tajaditas».

La creación de un mercado internacional de capitales ayuda a cualquier cosa menos a la realización del ideal de una balanza comercial y de pagos equilibrada. Los problemas que el idealismo económico-político quiere saldar con su aspiración al equilibrio [las naciones laboriosas los resuelven] haciendo valer el punto de vista de su balanza de bienes y servicios contra los otros estados, o sea convirtiendo en todas partes su dinero nacional en capital.

Karl Held/Emilio Muñoz, *El imperialismo*, Sociedad para la impresión y distribución de literatura científica, Munich, S/F, p. 39.

Opinión Pública

Sin referencias, posiblemente 1991

Empresa privada

Qué nadie se llame a engaños: El capitalismo local recibió la puñalada trape-ra del "socio mayor". Al gobierno le será más fácil lograr ajustes estructurales, desabastecer su bodega de "pachitas" "botellas", "garrafrones" y normalizar, dentro de las normas aceptables del subdesarrollo, los servicios públicos. Y puede lavarse las manos. Primero: tiene a quién culpar. Y, luego, con aceptar que el desarrollo y la generación de empleos, en el sistema capitalista, corresponde a la empresa privada, es suficiente para sacudirse tamaña responsabilidad.

¡Qué los empresarios no se hagan ilusiones: los gringos (que desean un país arruinado para negociar con ventajas sus intereses estratégicos) no los van a sacar del hueco! Nada de lo que digan para inculpar a otros los salvará de la hecatombe si no se deciden mirar al país con ojos que no sean de simple avaricia. A la empresa privada (si quiere salvar su sistema) no le queda otro camino: invertir para el desarrollo y la independencia. **PRO**

De hecho, las posibilidades de información sobre la realidad en sus más diversos aspectos vuelve cada vez menos concebibles la idea misma de una realidad. Quizá se cumple en el mundo de los *mass media* una «profecía» de Nietzsche: el mundo verdadero, al final, se convierte en fábula: [en el sentido de que] la realidad no puede ser entendida como el dato objetivo que está por debajo, o más allá, de las imágenes que los *media* nos proporcionan.

Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Madrid, 1990.

Noviembre: mes de la patria

Éste, como todos los años, trajo espectáculo: fanfarria, oropeles y discursos. Banderitas panameñas y, también, la otra, la de los benefactores.

Todo parece indicar que alguna gente quiere reducir la nación a cohetes, carros alegóricos, tamboritos. Ignoran que la nación es más que símbolos. Es un proyecto, una comunidad de intereses que se organiza para prevalecer en el tiempo. Y eso tiene que ver con la cultura, con la economía, con el desarrollo, con la independencia política y la soberanía, con el autorrespeto, con la convergencia y conciliación de intereses. Si todo esto se carece, habrá fiesta pero no habrá nación.

Opinión Pública N^{os}. 45/46, noviembre-diciembre, 1991.

Construyendo democracia

Hoy, como Neruda, “puedo escribir los versos más tristes esta noche”. “Quiero escribir pero me sale espuma”, diría en su tono melancólico César Vallejo. Y si fuera Manuel Scorza diría: “no puedo cerrar la *a* porque parece que me gritara alguien que se queda adentro”. Los poetas son una vaina: pueden, en una sola frase, decirlo todo y quedar tan campantes.

A mí, sin embargo, no me salen las palabras. ¿Será porque no tengo nada que ver con la fiesta?

Se dice, y es verdad, que todo el mundo habla de la fiesta como le va en ella. Tal vez por eso no me cuesta mucho trabajo saber que los demócratas panameños (que todos los días nos recuerdan que son sus constructores) están perfectamente convencidos de que crean leyes e instituciones para garantizar la felicidad del pueblo. Es por eso y no por otra cosa que saltan en un solo pie, que dicen las cosas que dicen con el desparpajo que las dicen y que nada les quita el sueño. Nadie les quita de la cabeza que en realidad gobiernan para satis-

facen las necesidades de la población. Están convencidos de que no solo cumplen con un sagrado deber sino que, encima, se sacrifican por los demás. Y a mí no me da la gana de creer que no son sinceros. Solo que su sinceridad es perfectamente compatible con sus fobias e idolatrías, con su mundo de haberes y carencias.

Las recetas económicas, los planes de desarrollo y todo cuanto ensayan en términos de servicios sociales es perfectamente compatible con la idea que tienen del mundo que los vio nacer. Son, por eso, coherentes. Así como era coherente el mundo para todos los que creían, en un tiempo, que la tierra era plana. Así como era coherente para todos los que "sabían" que el sol giraba alrededor de la tierra. ¡Y hay del que dijera lo contrario!

Llega el momento, en algún momento, que no vale ni la pena quejarse. Hasta llorar resulta irrelevante. En los periodos de primitivos, periodos oscuros de la historia, todo está patas arriba y, con suerte, hay sobrevivientes. Sé, porque lo sé por experiencia, que mucha gente ha perdido la esperanza. Mucha gente se siente como esos personajes de García Márquez que ven llover cuarenta días y cuarenta noches o que, simplemente, esperan que les llegue una carta que de antemano

Indice

<i>Sobre Palabrade piedra</i>	
Manuel Orestes Nieto	11
Necesidad de ser panameños	19
Salida panameña a la crisis	25
Proyecto nacional vs. proyecto colonial	29
Cómo una clase social se hace el harakiri	33
La violencia portátil	39
Análisis y analistas	42
La nostalgia por el látigo	43
Trabajo y salario	46
Paisaje bíblico	47
Nación o colonia (1)	50
Proteínas, traumas y fascismo	51
Nación o colonia (2)	54
En nombre de Dios	55
Nación o colonia (3)	58
La empresa privada, ¿sobrevivirá?	59
Nación o colonia (4)	62
El instinto de sobrevivencia	63
Nación o colonia (5)	66
La verdad, ese cristal con que se mira	67
Nación o colonia (6)	70
Leyes de guerra	71
Nación o colonia (7)	74
Rambo no es la realidad	75
Nación o colonia (8)	78
Hermanos gemelos	79
Nación o colonia (9)	82

Maestros: agentes del <i>status quo</i>	83
Nación o colonia (10)	86
Maestros ideo-lógicos	87
Nación o colonia (11)	90
El hombre sin cabeza	91
Nación o colonia (12)	94
Ese cerebro humano	95
Términos de Moda	98
Panamá contra Panamá	99
El síndrome de colonia	102
Yo opino, tú opinas, él opina	103
La guitarra de Hamelin	107
Amor por la oligarquía	111
Presidentes de América	114
Agresores y agredidos	115
El sueño de Bolívar	120
Encuentros del peor tipo	121
Escoger el camino	128
Sólo cuando me río	129
El fascismo	132
El cine está mejor que nunca	133
El fascismo orgánico	136
Crónica de nuestro tiempo	137
El poder sobre la nación	142
Todos perdimos algo	143
La paradoja	146
Tarzán y yo	147
Los despidos	150
El buen padre	151
Papel de socio menor	156
De oficios y otras necesidades	157
Cosas de la egocracia	162

Un país rodeado de Colón por todas partes .	163
Entremés	168
Si yo fuera presidente	169
Como juego de niños	174
Ganar o perder: he allí la cuestión	175
Diciembre siempre será diciembre	178
Razones de la oligarquía	179
Viaje a la colonia	182
Jugando mamá, jugando	183
Avaros, pero no brutos	186
Murió José de Jesús Martínez	187
Lecciones de la historia	190
No se vayan que esto se pone bueno	191
Teoría económica	194
Y el pueblo, ¿donde está?	195
Desarrollo y barbarie	200
Entre incendiarios os veáis	201
Las mil y una noches	204
Cuando el terror ataca	205
Hombre rico, hombre pobre	208
La pobreza se vuelve contra quien la provoca .	209
Los negocios del canal	212
Panamá: otra vez bases militares	213
¿Maldición gitana?	216
El miedo a la libertad	217
Con políticos como esos	220
Dependencia estructural	221
Empresa privada	224
Noviembre, mes de la patria	226
Construyendo democracia	227

Como acompasados registros de una crisis general, Pedro Rivera fue, paso a paso comentando, observando, advirtiendo; escribe en circunstancias donde todo un sistema de valores está en franca fractura en medio de una sociedad que, polarizada, se encontró inmersa en una intrincada madeja que fue el escenario, la placenta, donde hubo de todo, para todos y contra todos.

(...) si bien será relectura para los que leyeron los textos en la columna **Palabradepiedra**, para todos será descubrimiento, un registro veraz, con elevadas dosis de certezas, ubicada en explosivos sucesos que resintieron el edificio nacional, al punto que no creo que exista aún ninguna totalizadora explicación sobre la profundidad del daño y sus secuelas.

(...) donde podemos vernos de cuerpo entero, en medio del alud que autoalimentamos, las antropofagias, la histeria, el miedo al futuro y las fantasías que fueron más sólidas que la realidad, el fuego de la muerte que terminó matándonos, la intriga, los malos y los buenos, los absurdos, los apátridas, incluida la desdicha de aquella caravana que fue interceptada una funesta noche donde —desde un cielo incendiado— hicieron gotear primero y llover después la sangre misma de nuestros cuerpos, como una aberración indeseable que nos maltrató y abochornó nuestra casa.

Manuel Orestes Nieto

Pedro Rivera, poeta, narrador y cineasta panameño. Nació en 1939. Ganador del Premio Ricardo Miró en varias ocasiones. Obras más importantes: **Panamá, incendio de sollozos; Mayo en el tiempo; Las voces del dolor que trajo el alba; Despedida del hombre; Los pájaros regresan de la niebla; Peccata Minuta; Para hacer e amor con la ventana abierta; Todo sucedió mañana; Las huellas de mis pasos; El libro de la invasión** (conjuntamente con Fernando Martínez).

ISBN 958639150-7

